

# ESPAÑA EVANGÉLICA

AÑO VIII. — NÚM. 400

Madrid, 22 de Septiembre de 1927

PRECIO: 15 CÉNTS.

## CONFERENCIA DE LAUSANA

### UN LLAMAMIENTO AL MUNDO CRISTIANO PARA LA UNIDAD DE LA IGLESIA

LOS representantes de las Iglesias cristianas de todas las partes del mundo, que durante dieciocho días han discutido sus puntos de vista de acuerdo y de diferencia en la Conferencia mundial sobre la fe y el orden de la Iglesia, han terminado ya su trabajo, adoptando una declaración a toda la Cristiandad relativa a la unidad de la Iglesia. Esta declaración servirá de preámbulo a las Memorias definitivas referentes a los seis asuntos presentados a la Conferencia, y será enviada con las Memorias a las oficinas oficiales de todas las iglesias representadas en la Conferencia de Lausana. El preámbulo es como sigue:

#### PREÁMBULO

Nosotros, representantes de numerosas comuniones cristianas de todas las partes del mundo, reunidos para examinar, bajo la dirección del Espíritu Santo, los puntos en que estamos de acuerdo y aquellos en que diferimos, recibimos la serie de Memorias adjuntas, que contienen los asuntos de estudio, destinados al examen de nuestras iglesias respectivas, en curso de esfuerzo común hacia la unidad.

Esta Conferencia ha sido convocada para examinar las cuestiones de fe y de organización. Afirma no haber ensayado definir las condiciones de la reunión futura. Tiene por objeto investigar el nivel aparente de los acuerdos fundamentales puestos de manifiesto en el seno de la Conferencia y los puntos de graves desacuerdos que subsisten, así como indicar ciertas orientaciones que en el porvenir pudieran ayudar para acuerdos más extensos.

Cada uno de los asuntos de nuestro orden del día ha sido, desde luego, discutido en sesión plenaria y después remitido al estudio de una de las Comisiones, de más de cien miembros cada una, en que la Conferencia se ha distribuido. La Memoria, tras discusión completa en las Subcomisiones, ha recibido su forma final y sido adoptada, por unanimidad o por

gran mayoría, por la Comisión encargada de ello. Cada Memoria ha sido sometida por dos veces a nueva discusión en sesión plenaria, y por último, transmitida a las iglesias en su forma presente.

No pretendemos que estas Memorias agoten el asunto y lleguen a satisfacer, en todos sus detalles, a todos los miembros de la Conferencia; pero las sometemos, sin embargo, a las Iglesias para un examen más detenido que las Memorias no han podido tener durante el breve período de nuestras sesiones. Proponemos igualmente que todos estos asuntos de estudio sean transmitidos a una pequeña comisión de hombres calificados, representando los diversos grupos: ortodoxo, luterano, presbiteriano, metodista, anglicano, etc., que tendría por misión el estudio cuidadoso de las proposiciones a la luz de las discusiones, para luego redactar un informe a las Iglesias.

Agradecemos a Dios y nos sentimos gozosos por los acuerdos a que hemos llegado, sobre cuya base edificamos. Allí donde las Memorias ofrecen divergencias, invitamos al mundo cristiano para un nuevo y serio estudio de las opiniones contradictorias actualmente sostenidas y para un esfuerzo vigoroso, a fin de llegar a la verdad tal cual es en Dios, verdad que debe ser el fundamento de la unidad de la Iglesia.

Dios quiere la unidad. Nuestra presencia en esta Conferencia demuestra el deseo de doblegar nuestras voluntades ante la voluntad divina. Aunque pudiéramos justificar los orígenes de nuestro estado de desunión, deploramos la prolongación de tal estado, y en lo sucesivo, debemos trabajar con arrepentimiento y fe para reedificar nuestras destruidas murallas.

El espíritu de Dios ha estado en medio de nosotros; Él nos ha traído aquí. Su presencia se ha manifestado en nuestra común adoración, en nuestras deliberaciones y unión fraternal. Este Espíritu nos ha revelado unos a otros. Ha ampliado los horizontes, estimulado nuestro en-

tendimiento y vivificado nuestras esperanzas. Hemos sido osados, y Dios ha justificado nuestra audacia. Ya no seremos como fuimos. Nuestro profundo reconocimiento debe traducirse en un sostenido esfuerzo, a fin de que la visión que aquí nos ha sido asegurada sea también participación para los grupos a que pertenecemos, y cuyo destino es inseparable al nuestro.

La mitad del mundo espera todavía el Evangelio. Dentro y fuera de nuestros países, las multitudes, entristecidas y extrañadas, se apartan de la Iglesia a causa de su debilidad de constitución. Nuestras misiones descubren una necesidad donde nos inclinamos a no ver sino un lujo. Ya los campos misioneros se sustraen, impacientes, a las divisiones de la Iglesia de Occidente para emprender, en virtud del derecho que les asiste, las arriesgadas aventuras de unidad. Nosotros, miembros de las Iglesias representadas en esta Conferencia, no podemos permitir que nuestros hijos espirituales nos dejen atrás. Debemos ceñir nuestros lomos para la obra que Dios tan ricamente bendijo en sus principios y laborar al lado de los cristianos que trabajan por las iglesias indígenas, hasta que consigamos nuestro fin.

Algunos de nosotros, obreros de esta empresa, hemos encanecido en nuestros esfuerzos hacia la unidad. A los jóvenes nos dirigimos para que levanten en alto la antorcha de la unidad, que se cae de nuestras manos. Que nosotros, los hombres, demasiado hemos proseguido la tarea bien solos durante muchos años. En adelante, las mujeres deberán tener su parte de responsabilidad. Así, la Iglesia entera se pondrá en condiciones de hacer lo que ninguna sección de la Iglesia, por sí sola, puede tener esperanza de realizar.

Es el llamamiento evidente de Dios quien nos ha reunido aquí. Con la fe, estimulada por las orientaciones que Él acaba de darnos, marchamos adelante.



# LECCIONES DEL MAR

No hay descanso comparable al que sienten el cuerpo y el espíritu cuando uno, echado sobre la arena de la playa, con el inmenso mar delante y el inmenso cielo arriba, se olvida de trabajos y de disgustos, y se deja adormecer, y luego pasea perezosamente. ¡El mar es tan grande, tan generoso, tan hermoso! Deleita al niño, que juega a la orilla, besando y acariciándole los pies y dándole confianza. Es fuente de riqueza para los miles de pescadores y capitalistas, que sacan de sus aguas el alimento para millones. Es el gran enlace de las naciones, que por él se conocen y se comunican.

Ahí el hombre no puede edificar y rodear de muros y alambres de espinos, diciendo: ¡Esto es mío y paso prohibido! Así es el amor de Dios, sin límites, inescrutable, profundo, abierto a todos, que baña todas las costas; no hace acepción de personas, no pide dinero, convida a la fe, da al que busca. Como en el mar el camarón y la ballena hallan igualmente lo que necesitan; como el botecito y el gran transatlántico son igualmente sostenidos, así Dios es rico para con todos los que le invocan. No echa a nadie fuera. Se presta a bendecir y servir a quien obedece las leyes que Él mismo instituyó; pero, al contrario, ¡ay de aquél que le desafía y abusa de su gracia!

El mar es hermosísimo cuando, tranquilo, brilla con miles de luces y tiene diferentes colores y aspectos, reflejando el inmenso cielo que mira sobre cada ría y pequeña ensenada y el Océano entero; pero, en invierno y en tiempo de temporal, ya es otro, con sus olas como montañas. ¡Cuánto se mueve y trabaja! Parece una fiera hambrienta; ruga, amenaza, devora los barcos y echa, como huesos dejados, sus restos en la costa. Como un ejército invasor, se lanza sobre la costa con soberbia, como si dijera: «fuera, abre paso; no me puedes resistir». ¡Qué espantoso oleaje, qué ruido ensordecedor! ¿Quién puede permanecer allí? El hombre es impotente ante su imponente poder. Sus grandes barcos son como corchos. Es terrible pensarlo siquiera.

No nos olvidemos de que si «Dios es lento para la ira, es grande en poder, y no tendrá al culpable por inocente», y que si hay una salvación grande, no escaparán los que la tengan en poco, y que el Salvador ha de ser el Juez inflexible, y

delante de su ira nadie ha de permanecer en pie: es irresistible. Del Cordero de Dios, tan sufrido, tan compasivo, tan lleno de amor y de perdón, muchos dirán: «Escondednos de la ira del Cordero, porque el gran día de su ira es venido; ¿y quién podrá estar firme?» Las tempestades limpian y sanean los aires y alejan pestes, y Dios limpiará con juicio al mundo rebelde antes de reinar en paz y bendición.

Cuando el Señor permite que nos vengan grandes aflicciones y penas, Él sabrá poner freno y mandarnos oportuno socorro. Cuando las grandes olas descargan sobre la arena tan suave, tan baja que no opone resistencia, se deshacen en espuma y se ven deshechas; luego parecen rehacerse y vuelven al ataque con nuevas fuerzas, para verse, al fin, derrotadas y desgastadas. Es que Dios dijo del mar: «Yo le puse puertas y cerrojos, y dije: Hasta aquí vendrás y no pasarás adelante, y ahí parará la hinchazón de tus ondas» (Job., XXXVIII, 11). «Puse arena por término. Se levantarán tempestades, mas no prevalecerán; bramarán sus ondas, mas no lo pasarán» (Gén., V, 24). ¡Cuántas veces no sabemos qué hacer! Rodeados de dificultades, juguete de circunstancias contrarias, decimos como los Apóstoles, asustados: «Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?» Luego el Señor increpa al viento y dice a la mar: «Calla, enmudece», y cesa el viento, y hay grande bonanza. ¡Ah!, sí, el barco en que Él está no puede naufragar. Él acalla el temporal; Él trae paz.

No obstante, veo, con asombro, que este Salvador se hunde en una mar embravecida, y las ondas y las olas pasan sobre Él: olas de injurias, blasfemias, risas, bofetadas, golpes, azotes en las espaldas, de todo lo que el hombre cruel puede hacer sufrir.

¡Y esa ola más alta y espantosa, que viene sobre Él! Es la Justicia Divina contra el pecado. Digo yo: No tiene derecho, pues ese no es pecador y no merece sufrir, pues siempre hizo lo que agradó a Dios... La ola llega y pasa sobre Él, y clama: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?»

Es porque como fiador se entrega a sufrir por los pecadores; como Justo, muere por los injustos; «lleva nuestros pecados en su cuerpo, sobre el madero». Resulta como cuando Jonás fué echado al mar tempestuoso...

La mar se aquietó de su furia... Hizo paz, fué hecho pecado por nosotros y agotó los pecados; podemos decir que cuando Él se hundió en los abismos de las aguas en aquellos profundos, todos los pecados de los creyentes fueron echados... Creamos, gocémonos...

A veces se ven en las costas rocas negras, feas, peligrosas. Sube el mar y pasa

por encima; se deshace en espuma, que se pone blanca, y brillante, y muy hermosa. Así nuestro pecado se levanta feo, negro, peligroso. La gracia de Dios pasa por encima, perdonando y salvando... Donde el pecado abundó, la gracia sobreabunda; el pecado manchó y la gracia limpió y sanó. Mi maldad, tan inexcusable, da lugar a que yo conozca a Dios como perdonador. «¿Qué Dios como Tú, que perdonas la maldad?»

Una cosa más. Se ve cómo sobre este mar los barcos de vela cruzan en diferentes direcciones. El viento sopla igual para todos; pero según pongan la vela, el barco va al Norte o al Sur. Así es con nosotros. Viene el Evangelio a nosotros. Uno lo recibe y deja que le lleve al cielo; pone interés en escuchar y en obedecer; así se vale del mensaje, y es para él vida y salvación. Otro, al contrario, al oír, se ríe y sigue en su pecado con más desenfreno. Se vale de la paciencia de Dios para ofenderle más, y, en vez de ser para su bien, se ve más condenado, y llegará a la muerte eterna. Dios nos dé su gracia para apreciar su amor y salvación.

ENRIQUE TURRALL

## MANUEL CARRASCO

Cerrado ya el ajuste de este número, llega a nuestras manos un telefonema expedido desde Málaga por nuestro redactor D. Claudio Gutiérrez Marín, con estas palabras: «Carrasco murió».

Aunque desde hace ya tiempo el veterano obrero se encontraba enfermo, y se temía que su partida de este mundo estaba cerca, no por eso la noticia ha sido menos dolorosa y nuestro sentimiento menos hondo.

Era el Rdo. Manuel Carrasco hermano de D. Antonio, fundador éste de la Iglesia del Redentor, de Madrid, y por-esto y por sus prendas personales nos unía con él una buena amistad, sin que fueran bastante a entibiarla diferencias de criterio en algunos puntos de doctrina y de interpretación bíblica.

Desde hacía muchos años el finado se hallaba al frente de la Misión Holandesa, que pierde con su muerte un buen amigo y un celoso obrero, al cual se debe, en gran parte, la erección del hermoso edificio que tiene Málaga para capilla y escuelas. Era también uno de los evangélicos españoles que estaban verdaderamente interesados en la publicación de ESPAÑA EVANGÉLICA, figurando su iglesia de Málaga con uno de los paquetes mayores, reconociendo, tantas veces como hablamos con él, la imposibilidad de que el periódico se sostuviera sin la ayuda generosa de los amigos de fuera. Y, por último, desde hace dos años desempeñaba el alto cargo de presidente de la Iglesia Evangélica Española. A no ser por la enfermedad que le aquejaba, ¡cuánto no hubiera hecho por ella!

Esperamos publicar en nuestro próximo número el retrato y biografía del finado. Por hoy, damos la triste noticia a nuestros lectores, y hacemos manifiesto a nuestros buenos amigos de Málaga y a la Iglesia Evangélica Española el sentimiento tan grande que embarga nuestro ánimo y que no acertamos a expresar con palabras.

## SUMARIO

Conferencia de Lausana: Un llamamiento al mundo cristiano para la unidad de la Iglesia. — Lecciones del mar (Enrique Turrall). — Manuel Carrasco. Impresiones de un viaje a Alemania (Damián Pedrosa). — Salmo XIX (Fr. José de Sigüenza). — Cómo se convención de la verdad de la expiación. — Carta de Barcelona (Agustín Arenales). — Información Evangélica. — Esfuerzo Cristiano. — Bajo la influencia de Calvino, por Débora Alcock. — Escuela Dominical.



# IMPRESIONES DE UN VIAJE A ALEMANIA

## II

EN el contorno de Bielefeld (Westfalia) dividese el Teutoburger Wald en cuatro lomas que se extienden paralelamente, separadas cada una por un hermoso valle poblado de árboles. El primero de estos valles, que se halla a la entrada de la población, es el que hoy se llama Bethel.

Aquí he tenido la satisfacción de vivir poco más de seis meses dedicado a los estudios teológicos, y tal es el cariño que he tomado por este lugar, y tal es el atractivo que tiene por su hermosura natural y celestial fragancia, que de no ser llamado por Dios a desempeñar el ministerio a que me dispongo en otra parte, alegre pasaría allí mi vida.

Entre los enfermos, el que más sufre es el epiléptico. Tan pronto como los repetidos ataques aumentan o llegan a ser notorios, el enfermo es abandonado. El niño

epiléptico debe dejar la escuela, y el adulto pierde su trabajo y empleo. De por sí procura evitar toda reunión pública, el culto y, con frecuencia, también el circuito familiar. Hasta mediados del siglo XIX apenas conocíanse asilos para esta clase de enfermos. El primer establecimiento *ad hoc* en Alemania del Sur fué fundado en 1862 en Pfingstweide (Württemberg). En Alemania del Norte, los amigos de los epilépticos habían dirigido sus miradas hacia un pequeño establecimiento que se hallaba en las cercanías de la ciudadela francesa La Force. En Bielefeld había algunas señoras de las más antiguas familias patricias de la ciudad, que con conciencia escrupulosa y franco corazón se habían consagrado al servicio de Dios. Las chispas de una conferencia dada por el pastor Balke en 1865 saltaron hasta Bielefeld. La calamitosa guerra de 1867 amortiguó por un momento el fuego; pero no lo logró apagar. Ya en el mismo año contábanse siete epilépticos en una casa labriega que se hallaba a los pies del Sparenberg. El superintendente general de la misma provincia, en su alocución con motivo de la bendición del naciente establecimiento, dijo: «El pequeño será por mil; el menor por gente fuerte; Yo, el Señor, a su tiempo haré que esto sea presto.» (Isaías, LX, 22). Estas palabras vaticinadoras no tardaron en ser una realidad.

Dos años más tarde, otro segundo Comité de Bielefeld trataba ya de la fundación de una casa de Diaconisas.

Para la dirección de ambos establecimientos, todavía en proyecto, fué llamado el virtuosísimo pastor von Bodelschwingh. Este santo varón, de linajuda familia alemana, había de ser la vida de la nueva obra, hoy admiración del mundo entero. Él fué quien bautizó a este lugar con el nombre que tan propiamente le conviene: Bethel (Casa de Dios).

Sólo con la fe y el amor, sin recursos materiales por su parte, ha fundado un centro donde hoy moran más de 6.000 al-



VISTA GENERAL DE BETHEL

mas. En vista del número siempre creciente de enfermos que de todas partes concurrían a este lugar, las primeras miras del pastor fueron la fundación de la proyectada comunidad de hermanas, que impulsadas por el amor a Dios se dedicaran al cuidado de los pobres inválidos.

Para dicho fin inspiróse en las diaconisas que ya antes en Kaiserswerth había fundado el pastor Teodoro Fliedner, abuelo de nuestros estimados Fliedners. Hizo venir algunas de éstas, y bajo su influjo fuéronse moldeando los primeros elementos de aquella futura familia.

El edificio que primero llama la atención del visitante al entrar en este grandioso establecimiento es el llamado «Sacrepta» o también «Muterhaus» (casa madre). Esta es la casa de formación que el pastor von Bodelschwingh, debido a su gran fe y a la caridad del pueblo alemán, y con miras sólo para su institución, había fundado, sin que por entonces previera que sus hijas habríanse de extender luego por toda la Alemania, como hoy lo están. Las hermanas de Bethel, además de una seria formación en nuestra santa religión, reciben una sólida instrucción en la ciencia quirúrgica médica, teórica y prácticamente, cuyos profesores son notables doctores en medicina y cirugía, debiendo sufrir luego un examen ante el tribunal médico de la comarca. De suerte que estas

diaconisas poseen todas el título de practicante. Su fama está tan difundida por todo el país, que de todas partes se reciben diariamente solicitudes para que se envíen a tal o cual parte, sin que puedan ser atendidas.

Hoy cuenta esta fundación con más de 1.400 hermanas, que voluntariamente, sólo por amor a Dios y al prójimo, sin otra remuneración que la que arriba les espera, prestan gozosas su auxilio a los pobres desvalidos. De ellas, 700 están ocupadas en Bethel, y las demás, esparcidas en los grandes hospitales de Alemania, misiones extranjeras, casas de beneficencia, etc.

El fin, pues, de toda esta fundación no era otro, como ya queda dicho, que la asistencia a los epilépticos, cuyo número fué aumentando cada día, hasta contar hoy con más de 2.000 de ambos sexos y de todas las edades. Gracias a los socorros del pueblo alemán hanse podido edificar en el mismo Bethel gran número de hospitales, con objeto de poder así clasificar a los enfermos por edades, sexo, intensidad y clase de enfermedad, etc.

Al lado de las diaconisas hacíase necesaria la fundación de otra nueva institución para la asistencia a los varones; éstos eran los diáconos o hermanos. Hasta 1877 prestaron su ayuda los de Neinstedt en Harz, y a partir del mismo año había ya en Bethel una pequeña comunidad, cuya casa madre titúlase hoy todavía Nazareth. Su desarrollo ha sido admirable. Así como las hermanas, éstos prestan también su servicio en varios hospitales de Alemania y, sobre todo, en las misiones, y en Bethel se cuentan hoy cerca de seiscientos.

DAMIÁN PEDROSA

## ESPAÑA EVANGÉLICA

PERIÓDICO SEMANAL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

BENEFICENCIA, 18. MADRID. 4

APARTADO 4024

### Precios de suscripción:

Un año . . . . .	8 pesetas
Seis meses . . . . .	4 »
Extrajero: Un año . . . . .	15 »
Seis meses . . . . .	8 »
América: Un año . . . . .	2 dólares
Seis meses . . . . .	1 dólar
No se admiten suscripciones por menos de seis meses.	
Las suscripciones darán principio en 1.º de Enero ó 1.º de Julio.	

NÚMERO SUELTO: 15 céntimos.



## SALMO XIX

*Cantan los cielos con callado acento  
la alta proeza del Autor inmenso:  
muestra la hazaña de su diestra mano  
el cielo estrellado.*

*Sin que descanse de volver su rueda,  
muestra el presente al futuro día:  
va pregonando la callada noche  
la que se espera.*

*No hay lengua, o gentes de nación extraña,  
do no se atiende tan divino acento;  
pues su armonía, de uno al otro polo  
va resonando.*

*Puso el asiento del dorado Febo  
firme, en el medio de las claras ruedas,  
y como esposo, de su rico toldo  
sale a la Aurora.*

*Como gigante no cansado y fuerte,  
corre desde el Oriente al otro extremo,  
y torna al puesto por la oblicua senda;  
todo lo alumbró.*

*Mas, ¡oh ley pura del Señor Supremo!,  
que al alma errada vuelves a la senda,  
testigo del gran Dios, y lumbré  
clara a ignorantes.*

*Sacras veredas sin torcida vuelta,  
que al que os camina dáis perfecto gozo.  
¡Oh Via Láctea!, que a los ciegos ojos  
quitas el velo.*

*Santo es el miedo de paterna ofensa,  
que alinda siempre con eternidades,  
los juicios lisos, sin doblez ni ruga  
son; sin enmienda.*

*Oro del Tíbar, ni precioso Gemma  
vido el deseo con que comparallos:  
ni vido el gusto mieles tan sabrosas,  
panal tan dulce.*

*Y así tu humilde siervo y cuidadoso,  
vela en su guarda, porque en ella siente  
que se atesora cuanto el cielo puede  
dar de esperanza.*

*¿Quién será puro de delitos tantos  
tan escondidos? ¡Oh pureza santa!  
Limpíadme de ellos, y también me libra  
de los ajenos.*

*Aunque combatan, quedaré yo puro,  
si no me rinden al soberbio asalto,  
y el homenaje que te debo, limpio  
de alevosía.*

*Luego mi lengua te hará son suave,  
y el pensamiento no perderá punto  
de tu presencia; ¡oh ayuda cierta!  
¡Redentor mío!*

FR. JOSÉ DE SIGÜENZA

**ESTE NUMERO  
HA SIDO REVISADO  
POR LA CENSURA**

## Cómo se convenció de la verdad de la expiación.

EL famoso predicador norteamericano Dr. Gunsaulus, refirió lo siguiente en la Conferencia Bíblica de Wino- na, acerca de uno de sus feligreses, ya fallecido:

Siendo un muchacho en Vermont, el personaje de este relato era atormentado por las mofas de sus condiscipulos, que le abrumaban con preguntas acerca de cuándo su padre volvería de la cárcel. No se acordaba él de su padre, y cuando preguntaba a su madre qué significaban aquellas mofas, ella no le daba otra respuesta que sus lágrimas.

Pero, al fin, el padre volvió al hogar, y el muchacho penetró en las amarguras de su alma al ver que el ex presidiario buscaba en vano un empleo en aquella población. Desde su pequeño dormitorio oyó el jovencito a sus padres que, con la angustia de la pobreza, rogaban a Dios que les proporcionara algún trabajo con el cual el esposo pudiera ganar la subsistencia de sus seres queridos. Dejándose caer de la cama sobre sus rodillas, el muchacho prometió a Dios que si se le daba trabajo entonces a su padre, él dedicaría su vida a hacer que otros ex carcelados tuviesen oportunidad de ganar su subsistencia.

En su juventud el muchacho llegó a Chicago. Prosperó y llegó a ser muy rico. Pero en la proporción en que crecían sus riquezas, su fe religiosa parecía escapársele, sintiéndose grandemente preocupado por sus dudas acerca de las doctrinas de la Iglesia. La doctrina de la expiación era especialmente un enigma para él, y por años asistió a conferencias y asambleas religiosas donde esa doctrina era discutida por teólogos eminentes.

Al fin, el Dr. Gunsaulus, su pastor, le preguntó: «¿No hay alguna cosa especial en la que usted haya hecho menos sacrificio por sus semejantes que el que debiera haber hecho? Usted nunca tendrá fe en la expiación, que es vital, mientras usted mismo no haya imitado, de algún modo, el sacrificio de Cristo».

De repente, volvióle a la memoria a aquel hombre rico lo que había prometido en los días en que era un muchacho, y que no había cumplido aún. A media noche se levantó, y dirigiéndose a la casa de su pastor, le dijo: «Lo haré. Comenzaré mañana».

A la mañana siguiente escribió al director de una gran penitenciaría, pidiendo se le enviara uno de los convictos puestos en libertad. El hombre vino y fué recibido con un apretón de manos de fraternidad sincera por el fabricante, quien le envió al Oeste a fijar anuncios, asignándole un buen sueldo.

Después consiguió otro hombre de otra penitenciaría y le envió de la misma manera. Uno tras otro, él fué ayudando a los ex presidiarios, a fin de que pudieran llevar una vida limpia y verdadera, sin

hablarle a ninguno de ellos acerca de los otros.

Pero unos a otros se encontraban en sus viajes, y cuando se contaron cómo habían sido sacados del abismo de la perdición por la misma mano cariñosa, les fué imposible dejar de formar una hermandad. Ellos escribieron cartas circulares que pasaban entre ellos, y el rico manufacturero de Chicago era uno de los del círculo.

El filántropo enfermó, y un mes tras otro, su enfermedad le llevó muy cerca de las garras de la muerte. Pero ya no tenía dudas acerca de la expiación, pues confiaba en Uno que había hecho más por él que lo que él había hecho por sus semejantes. Y murió en la más absoluta confianza y paz espiritual.

Refirió el Dr. Gunsaulus que, yendo de prisa a tomar un tren de los suburbios para ir a la casa mortuoria con el fin de celebrar el servicio fúnebre, un hombre se acercó a él y le interrogó.

— ¿Podemos asistir a los funerales con usted, mi esposa, el muchacho y yo?

El hombre era alto y rudo, vestido con el rústico traje de un ranchero. — ¿Quién es usted? — preguntó el ministro.

— Oh, yo estaba en Jackson. Vivo ahora en South Dakota. Vengo en nombre de los compañeros para asistir a los funerales. Esta es mi esposa y éste mi hijo, que lleva su nombre. Seis de nosotros tenemos hijos que llevan su nombre.

Así, pues, el hombre asistió a los funerales, dijo el Dr. Gunsaulus, y después de colocado el sarcófago en la sepultura, dejó caer en ésta diecisiete rosas blancas, diecisiete flores blancas, que representaban diecisiete almas blancas. La esposa y el muchacho se acercaron y dejaron caer flores también: éstas representaban su hogar y todos los otros hogares cuya felicidad aquel hombre había hecho posible.

(Del Michigan Christian Advocate.)

## ABONADOS DE PAQUETES

Con el próximo número termina el tercer trimestre del año. Sin embargo, la mayor parte de nuestros abonados de paquetes han olvidado, sin duda, remitirnos el importe de sus suscripciones, no faltando quienes tengan al descubierto todavía el segundo, y hasta el primero. ¿Sería mucho pedirles que procurasen hacer efectivos sus pagos a la mayor brevedad? Hace tiempo que nuestros recursos están agotados, y necesitamos de ellos con urgencia si hemos de continuar nuestra publicación.



# CARTA DE BARCELONA

¡Una semana grande! — La inauguración de los edificios metodistas de Pueblo Nuevo. — Una visita gratisima. — La Iglesia de San Pablo obtiene una especial bendición. — Buen principio de curso. — ¡Dios bendiga estos auspicios!

En medio de la penuria de los tiempos presentes, en que tanto abundan las dificultades y sobresaltos para los evangélicos españoles, y acaso de modo especial para los evangélicos barceloneses, tenemos muchos motivos para bendecir al Señor y darle rendidas gracias, porque en su infinita misericordia se digna alegrarnos, conforme a los días en que nos vimos afligidos. ¡Gran semana esta para los evangélicos de Barcelona, y particularmente para los hermanos metodistas! Ellos han celebrado con fiestas esplendorosas y llenos de gozo la inauguración de los magníficos edificios destinados a capilla y colegios de *Pueblo Nuevo*, que se yerguen airoso en una hermosa placeta y en sitio muy céntrico de aquella importante barriada, dispuestos a recibir en sus amplios y hermosos salones a cuantos niños y mayores deseen conocer las sublimes enseñanzas del puro Evangelio. Y todas las demás iglesias hermanas, gozándose con los que gozan, como cumple a buenos cristianos, se han sentido también contentas al ver cómo en esta gran ciudad, tan necesitada de templos y locales evangélicos como repleto de edificios monumentales de todo otro género, se van poco a poco levantando casas dignas donde adorar a Dios en espíritu y en verdad, y trabajar por medio de la enseñanza y demás actividades propias, la propaganda legítima de la única doctrina que nos ha de salvar. ¡Sea Dios loado por ello!

Los actos de inauguración y dedicación al Señor de los nuevos locales han sido, como decimos, de gran esplendor, y con una concurrencia extraordinaria que denota bien a las claras que el protestantismo en nuestro pueblo despierta simpatías y respeto, y no merece el desprecio, mucho menos el odio, con que el fanatismo quiere rodearle. Estas fiestas solemnísimas, cuya descripción al detalle han tenido ya los queridos lectores de ESPAÑA EVANGÉLICA, han dado ocasión brillante para manifestarse la hermosa solidaridad y armonía cristianas que reinan entre todas las iglesias evangélicas de la capital, que quisieron llevar, como era justo y natural, la mejor y más nutrida representación que les fué posible a todos los cultos celebrados, especialmente a la gran reunión de jóvenes, que fué en verdad una grandiosa manifestación de fe y de amor cristiano.

Nota muy conmovedora de este acto fué la presencia del queridísimo hermano

Rdo. F. Smith, antiguo superintendente de la Misión metodista catalana, tan conocido y apreciado de todos por su labor gloriosa de tantos años y por sus prendas personales, tan relevantes. Los hermanos metodistas le aman tanto y de tal modo anhelaban su presencia en el acto inaugural de aquellos locales, que precisamente el buen siervo de Dios había ideado y preparado con la compra del gran solar donde aquellos se han emplazado, que no descansaron hasta obligarle a venir de Inglaterra, su país, donde ahora despliega sus valiosas actividades con el celo de siempre. El rasgo generoso y delicado de los hermanos metodistas trayendo a su costa al antiguo pastor y director de la obra, y saliéndole a recibir en tan gran número a la estación, que hubo de impresionar a los empleados y público de la estación de Francia, y luego rivalizando todos en amor cristiano para agasajarle, ha sido muy celebrado por todos los evangélicos barceloneses, que no pueden menos de aplaudir tan digno proceder con los que trabajan por el Señor, teniéndolos «en mucha estima por amor de su obra», como nos manda el Apóstol. Todos fuimos hondamente conmovidos al presenciar en dicho solemne acto la expansión santa de sentimientos de mutuo cariño que entre el Sr. Smith y sus antiguos feligreses se manifestaba. Nuestra más cordial bienvenida al queridísimo hermano, y la seguridad de que todos cuantos le conocen, y estiman en lo mucho que vale su obra tan gloriosa, han gozado extraordinariamente, como sus hermanos los metodistas, al volverle a ver y escuchar su palabra, tan fervorosa como simpática. Que Dios le guarde y a los suyos en todos sus caminos.

\* \*

También nosotros, los hermanos de la Iglesia de San Pablo (Diputación, 38), estamos ahora muy contentos y agradecidos al Señor. Precisamente en esta «gran semana» hemos recibido de su divina bondad una especial bendición. Sabido es de todos que estamos muy preocupados y trabajando cuanto podemos por allegar fondos para la construcción de locales, que tanto necesita esta iglesia para el desarrollo de sus actividades. Es caso era, en verdad, nuestro fondo, aun-

Recomiende a sus amigos

ESPAÑA EVANGÉLICA

que muy agradecido, porque procede del amor generoso de muchos hermanos, que sólo Dios sabe a costa de qué sacrificios habían podido, en su gran amor, decidirse a ayudarnos.

Tan escaso es, que ciertamente a la altura que alcanzan los precios del terreno en esta parte de la población donde trabajamos, era necio esperar proveernos del solar, tan necesario. Pero nuestros votos fervientes y constantes (tenemos desde hace un año consagrado el culto del jueves a una oración especial por esta necesidad) eran que Dios nos concediese la manera de llegar pronto a la consecución del terreno preciso para nuestro modesto proyecto, y he aquí que cuando menos podíamos pensar humanamente en el logro de nuestras aspiraciones, se nos presenta una coyuntura tan favorable, que no podemos menos de ver en ella la voz de Dios, que nos dice: ¡Animo y adelante! Y nos asociamos todos con una unanimidad, que también es sin duda inspirada por Dios, a gestionar y ultimar la compra de dicho solar, que, a juicio de los entendidos, es, por el precio y facilidades de pago convenidos, lo que se dice en términos vulgares una *verdadera ganga*.

Dispense el lector amable que nos hayamos detenido, tal vez demasiado, en este asunto que, por afectarnos tan directamente, pudiera parecer interesado empeño personal; pero se ha querido dar la referencia exclusivamente, bien lo sabe Dios, para mostrar cómo una vez más se cumple la promesa del Divino Salvador: «Por tanto os digo que todo lo que *orando* *pidiereis*, creed que lo recibiréis y os *vendrá*». Marc., II, 24 (precisamente éste era el texto de nuestro calendario al día siguiente del compromiso firmado). Sí, hermanos, vosotros todos sabéis que esto es así por propia experiencia, y yo bendigo al Señor de todo mi corazón, porque otra vez, en los críticos momentos de mi vida evangélica y pastoral, he visto confirmada la promesa. ¡Gloria a Dios!

Y estamos ciertos de que en todas las demás iglesias se siente esta misma fe y esperanza, gracias a Dios, y que con esta fe, todos los obstáculos se vencerán, los tiempos mejorarán y los deseos de todos se cumplirán a la mayor gloria de Dios.

Empieza, pues, en Barcelona evangélica el nuevo curso bajo los mejores auspicios, y es para gozarse mucho el ver cómo en todas las iglesias se despliega actividad extraordinaria y se piensa en todas partes en ver de extender cuanto más se pueda el conocimiento del Evangelio de Jesucristo, «que es potencia de salud para todo aquel que cree» (Rom., I, 16).

Que Dios nuestro Señor nos ilumine a todos y nos confirme en los buenos propósitos y trabajos. «Y sea la luz de Jehová, nuestro Dios, sobre nosotros; y ordene en nosotros la obra de nuestras manos, la obra de nuestras manos confirme». (Salmo 90, 17).

AGUSTÍN ARENALES

Barcelona, 15, IX, 1927.



# INFORMACIÓN EVANGÉLICA Esfuerzo Cristiano

## El Seminario Evangélico.

Las gestiones que, desde hace algún tiempo, se practicaban para llegar al por todos anhelado Seminario unido, en el que pudieran recibir instrucción teológica cuantos lo desearan, sin distinción de denominaciones, ha tenido, por fin, un feliz éxito.

En honor a la justicia debemos mencionar, en este lugar y en primer término, la hermosa labor que, durante tantos años, al propio tiempo que con tanto acierto y entusiasmo, llevó a cabo en el Puerto de Santa María, primero, y durante los últimos años, en Madrid, el Instituto Evangélico de Teología, bajo la dirección del Rdo. W. B. Douglas, respetable y querido veterano, a quien tanto justificados motivos de salud han apartado del campo de trabajo, pudiendo con razón decirse que, con su retirada de la obra de España, acabó su vida la institución que tan acertadamente dirigiera y que tan buenos frutos produjo.

La nueva institución será designada con el nombre de SEMINARIO EVANGÉLICO, y, a diferencia del antiguo Instituto, en él se darán exclusivamente enseñanzas teológicas.

Aparte de la denominación bautista que, como es sabido, tiene su Instituto en Barcelona, puede muy bien decirse que en el Seminario de Madrid colaborarán todas las denominaciones que trabajan por la evangelización de España, bello y práctico modo de demostrar a nuestros adversarios que las denominaciones son cosa bien secundaria y sin importancia en la Iglesia de Cristo, único y vivo fundamento sobre que todas se asientan.

Como el tiempo urge y es muy posible que algunos de nuestros lectores deseen concurrir ya en el curso, cuya apertura tendrá lugar (Dios mediante) el miércoles, 19 de Octubre próximo, adelantaremos algunos datos sobre las condiciones en que pueden ser admitidos y estudios que pueden cursar.

Las condiciones son las siguientes:

Ser miembro comulgante de alguna Iglesia evangélica.

Tener el decidido propósito de dedicarse a la Obra.

Presentar un certificado del pastor de su Iglesia que acredite sus buenas cualidades espirituales y morales.

En caso de ser menor de edad, el consentimiento, por escrito, de sus padres.

Certificados médico y de nacimiento.

Los solicitantes deben tener el Bachillerato universitario (en casos excepcionales bastará el elemental), Magisterio o conocimientos equivalentes, a juicio del claustro.

La admisión no se considerará definitiva hasta pasado el primer trimestre.

Las enseñanzas que se podrán cursar

en el Seminario, debidamente agrupadas en tres periodos o cursos, son las siguientes:

Latín, Griego, Hebreo, Alemán, Inglés. Historia Eclesiástica, Teología (sistemática y práctica).

Exégesis del Antiguo y del Nuevo Testamento.

Estudio de los derechos de los evangélicos en España.

Filosofía, Pedagogía, Retórica.

El claustro está formado por D. Ángel González y los pastores reverendo Wayne H. Bowers, Rdo. Jorge Flidner y Rdo. Fernando Cabrera. A estos hay que añadir el representante de la iglesia presbiteriana, que aun no ha sido designado, y los profesores auxiliares que se consideren necesarios, y para cuyo nombramiento está facultado el claustro.

Las personas que deseen conocer más detalles o solicitar su ingreso, pueden dirigir su correspondencia a D. Ángel González del Río, calle del Noviciado, número 3, Madrid.



## Suscripción Villaescusa.

En el próximo número publicaremos la definitivamente última lista de los donativos recibidos, dando con ello por terminada esta suscripción.



## Muerte de una centenaria.

En la pintoresca ciudad de Puerto de Santa María, en la provincia de Cádiz, ha muerto el día 9 del actual la anciana D.<sup>a</sup> Josefa Trechera, miembro de la iglesia evangélica de aquella localidad, y de la cual nos ocupábamos en el número 389 de este mismo periódico.

Hasta sus últimos momentos conservó la finada sus facultades mentales con toda lucidez, infundiendo aliento a las personas que la rodeaban y hablándoles de lo dichosa que era en haber seguido a Jesús y de la paz que había encontrado en Él.

En el culto fúnebre en la casa y en el cementerio civil tomaron parte los pastores de dicha iglesia y de Jerez, asistiendo numerosa concurrencia.

Nuestra sincera condolencia a sus deudos y parientes.



## REGISTRO

**Bautismos.** — Misión de Centenillo, Jaén (Reformada). El 21 del pasado recibieron el bautismo don César Cabezeulo Camacho y los hijos de éste y de D.<sup>a</sup> Elvira Zamora, Jesús, Francisca, Rafaela, Isabel, Carmen y Luisa. También fué bautizada la niña María, hija de D. Juan J. de la Fuente y doña Josefa Martín. Que el Señor los bendiga a todos.

## Suscríbase a ESPAÑA EVANGÉLICA

Ayuntamiento de Madrid

## ¿Cuál es vuestra vocación?

Dom., 2 de Octubre. 1.<sup>a</sup> Cor., 3, 6-16.

### Lecturas diarias.

Lunes . .	Vocación provechosa.	Hech., 13, 36.
Martes .	Maestro . . . . .	2. <sup>a</sup> Tim., 2, 24-26.
Miércoles	Director religioso. . .	Mal., 2, 4-7.
Jueves . .	Arte . . . . .	Ex., 31, 1-5.
Viernes .	Agricultura. . . . .	Prov., 12, 11.
Sábado .	Comercio. . . . .	Luc., 19, 11-28.

### Sugestiones.

No es vocación buena la que perjudica a otros. El negocio de bebidas alcohólicas es un ejemplo de ello.

La ingeniería da visión, clarividencia, precisión, energía y pericia. Es una vocación provechosa, ya que construye el carácter.

Algunos trabajos no crean nada nuevo, como la agricultura, pero sirven.

Los fabricantes transforman la materia prima en bien del público, por ello son dignos de recompensa, ya que hacen un buen servicio.

### Ilustraciones.

El capitalista llena una necesidad. Suprimidle y muchas grandes empresas fracasarán.

La educación es lo que primeramente necesitamos al seguir cualquier vocación. El muchacho que para ser agricultor pensó que no eran necesarios estudios profundos, estaba equivocado. La agricultura es una ciencia.

### Temas para pensar.

¿Por qué creéis que la vocación de vuestro padre es digna?

¿Qué ideales deben guiarnos al escoger una vocación?

¿Cómo podemos hacer todo nuestro trabajo religiosamente?

### Pensamientos.

Si Dios te necesita más en un remoto confines del mundo que en donde estás ahora, ¿estarías listo para partir? — *Anónimo.*

Una vocación puede ser magnífica y, sin embargo, no estar uno preparado para ella. Un genio mecánico trabaja a veces de escribiente en una oficina. La mejor vocación para nosotros es aquella que amamos. — *Gerard.*

## Sociedades infantiles.

### Historia de dos casas.

Dom., 2 de Octubre. Luc., 6, 46-49.

La parábola contenida en los breves versículos de nuestra referencia tiene un sentido trascendental. En ella se nos muestra la diferencia que existe entre oír y hacer, y más aún lo inútil que es concretarnos sólo a oír el mensaje del Evangelio.

Ha de haber tres pasos en nuestra senda cristiana: oír, creer, hacer. Oír sin creer, de nada sirve; creer sin practicar, tampoco. Muchos han oído el Evangelio, pero no han llegado a creer; en tal caso nada tienen a favor suyo, sino mucho en su contra. Otros dicen creer, pero no lo manifiestan, y a los tales el Apóstol les dice: «Muéstrame tu fe por tus obras».





(Continuación.)

Antonio Calvino, parado en la puerta de su casa, sostenía una conversación seria con el pastor Poupin, Ami Berthelier y un mensajero que vestía la librea azul del Consejo Municipal. Norberto sintió un escalofrío, abrigando la convicción de que hablaban de él, e inmediatamente empezó a interrogar a su no muy limpia conciencia, pensando cuál podría ser la embajada que los reunía allí.

¿Sería su pelea con Juan Amblarde? ¿Los cristales rotos del síndico Ambard, o sus sospechosos encuentros con el disipado joven libertino Ami Perrier? Seguramente era algo, porque, al aproximarse, el pastor le miró con tristeza, y Berthelier y Calvino hablaron entre dientes. No parecían estar enojados; únicamente tristes y perplejos. Después oyó que Antonio decía:

— Decídselo vos, maese Berthelier; yo no puedo — y entró en su casa con Poupin, alejándose también el mensajero.

— Vente conmigo — dijo Berthelier a Norberto, que obedeció sorprendido; y Gabriela, que estaba en la habitación cuando entraron, se retiró a una señal de su padre.

Berthelier, entonces, se recostó sobre la chimenea y miró a otra parte.

— ¿Qué ocurre, señor? — preguntó Norberto, empezando a presentir algo peor que el castigo por una travesura de muchacho.

Después, con un súbito temblor en la voz, añadió:

— ¿Es... mi padre?

— Sí, pobre niño.

— ¿Qué? ¿Qué? — preguntó el muchacho sin aliento.

— Lo que había de ocurrir; lo que temíamos.

— ¿No estará... muerto?

— No. Está prisionero.

— ¡Ah! Entonces hay esperanza.

— Yo diría que no. Sé hombre, Norberto, y afronta la verdad, que es lo mejor. ¿No te parece?

— Sí — murmuró Norberto sin poder hablar.

Después, reaccionando, preguntó:

— ¿Cómo lo sabéis? ¿Quién lo ha di-

cho? Quizá... quizá no sea cierto.

— Un aldeano del otro lado de las Libertades — dijo Berthelier, afirmando con un movimiento de cabeza —. Iba a sus asuntos en Chambéry, y le vió atado sobre un caballo, en el centro de una partida de hombres armados que llevaban la bandera del Conde de Lormayeur.

Del pecho de Norberto salió un grito de desesperación; sabía la suerte reservada a los herejes que caían en manos de los crueles y fanáticos nobles de Saboya, y había oído que el Conde de Lormayeur era el más cruel y más fanático de todos.

— Sé valiente, hijo mío — díjole Berthelier, colocando bondadosamente una mano sobre su hombro —. Sopórtalo como él querría que lo soportaras.

— ¡No puedo! — exclamó Norberto —. Si fuera la muerte natural, hasta la muerte en batalla... es lógico y hay que resignarse; pero eso... el tormento, la ignominia... — y la voz del niño estalló en un grito apasionado: — ¡Dios mío! ¿Por qué vinimos a este lugar odioso, desde el cual se envía a los hombres a tales cosas?

— Dios tiene poco que ver en eso, a lo que creo — observó Berthelier con amargura —. Te cansas en balde gritando y quejándote a Él. No hay ya remedio; pero tenemos aún la paciencia. La lección es dura, especialmente para los jóvenes como tú; pero piensa que tu padre querría que la aprendieses. Seguramente se sentiría orgulloso de ver que su hijo sobrelleva el pesar como lo haría un valiente.

Hubo una pausa, y después Norberto exclamó con ímpetu:

— ¡Yo no lo sufriré! ¡Quiero justicia!

— ¿Justicia, pobre niño? Muy lejos tendrás que ir para encontrarla.

— Iré, apelaré, rogaré, arrastrándome, con gritos y con lágrimas.

— ¿A quién? ¿Al Saboyano? No puedes llegar a él, y, aunque pudieras, los que son como él sólo aceptan por los herejes un rescate que nadie puede pagar sino ellos mismos, y que tu padre consideraría demasiado alto. ¿A los síndicos o al Consejo? Son tan impotentes como nosotros.

— Un hombre los gobierna a todos.

— Pero su poder termina en el Puente del Arve. ¡Norberto! ¡Norberto! ¿Qué quieres? ¿Dónde vas?

Porque el muchacho, saliendo presuroso, echó a correr escalera abajo y estaba en la calle antes de que Berthelier acabase de hablar.

Un hombre era el causante de todo; un

hombre que reinaba en Ginebra, y había enviado fuera de ella a su padre para sufrir y morir; y Norberto, en su inocencia, creía que aquel hombre era omnipotente. El destino, la suerte, todo era en aquel hombre firme, fuerte, irresistible. ¡Que salvara a su padre!

Todo el temor que inspiraba a Norberto desapareció en un instante. Una hora antes, si aquel hombre le hubiera hablado, apenas se habría atrevido a contestarle; ahora anhelaba únicamente verle cara a cara, y derramar delante de él toda su alma.

Corrió por la calle de Cornavin, atravesó el puente, y por las calles de la Ciudad y Grande llegó a la de los Canónigos. El golpe que dió en la bien conocida puerta fué respondido por una criada, la cual le dijo que nadie ignoraba en la ciudad que maese Calvino estaba en el Salón Franciscano dando su clase a los estudiantes de Teología.

Dos minutos después estaba Norberto en el antiguo Monasterio Franciscano, situado detrás de la catedral, subiendo por la escalera más inmediata hasta una de las cerradas puertas del vasto salón de columnas, donde se reunía el gran Consejo de Ginebra.

En vez de voces sonoras e interrupciones turbulentas, llegó a sus oídos una voz tranquila, igual, sin inflexiones de apasionamiento, y empujando suavemente la puerta, que cedió al impulso de su mano, entró en el salón.

Las ideas que abrigaba su mente, de interrumpir al orador, desaparecieron todas instantáneamente, desvanecidas por el espíritu del lugar. El gran salón estaba lleno de hombres con la mirada fija en el sitio que, en el extremo superior, ocupaba el escaño, y en él la figura ligeramente morena de un hombre con la mano levantada, de cuyos labios salían frases que parecían una sentencia de vida o muerte.

Porque Juan Calvino, con su brillante estilo y su incomparable dominio del francés, su idioma nativo, exponía la doctrina de la justificación por la fe; y para los que escuchaban, hombres de mente sana, que sabían sentir, aquélla era una cuestión de vida o muerte, la cuestión de las cuestiones. «¿Cómo podré ser absuelto en el Tribunal del Dios viviente?», se preguntaba cada uno a sí mismo, y cada uno recibía ahora la respuesta.

Norberto, aunque no podía escuchar, guardó silencio atemorizado. El orador lo retenía como se retiene con la correa a un sabueso: aborrece el lazo, pero no puede romperlo, porque lo sujeta la mano del amo.

Como sus miradas no habían perdido la libertad, se fijaron en detalles no relacionados con su cerebro. En una ventana, cerca de él había una araña grande, con una mosca presa en su tela, simil horriblemente sugestivo, del cual apartó la vista con disgusto. Un estudiante, sentado delante de él, tenía la manga rota, y



las cuartillas donde apuntaba sus notas habíanse ido cayendo una por una. Otro usaba gafas, como un notario o un médico; ¿para qué querría las gafas un joven como aquel?

No todos eran jóvenes; más allá un hombre alto, robusto, debía tener cuarenta años lo menos. Otro tenía la barba completamente cana, y otro era tan calvo como el viejo Fléchier, que enseñaba latín en la escuela. Pero la mayor parte eran jóvenes, en todo el vigor de sus facultades.

¿Quién era aquel hombre pequeño, de cabellos rojos, mirada arrogante y pupilas brillantes, sentado en un sillón al lado del propio maese Calvino, cual si fuera un visitante distinguido? Indudablemente era maese Guillermo Farel, que había ido desde Neuchâtel, donde era pastor, para visitar a su querido amigo Juan Calvino.

Al fin terminó la conferencia y todos se pusieron en pie para elevar la oración final y recibir la bendición, y después salieron por las distintas puertas, no bulliciosamente, como hacen hoy los estudiantes, cual reacción después del cansancio de una prolongada atención, sino gravemente, meditando, como si la voz que habían estado escuchando repercutiera aún en sus oídos.

Norberto se abrió camino por el salón y se detuvo, comprendiendo, con airada impaciencia, que habría de permanecer allí mucho tiempo, porque un compacto grupo de personas rodeaba a Calvino. Todos solicitaban algo de él, ya respuesta a una pregunta, ya un saludo, ya un simple apretón de manos.

— ¡No le dejarán nunca! — pensó Norberto que, aun creyéndose parado, había ido acercándose gradualmente, y pudo oír a un muchacho, camarada suyo, que imploraba al maestro con frases apasionadas que le enviara a él también a Francia para predicar la Palabra de Dios.

— Hijo mío, eres demasiado joven; aún necesitas dos o tres años de preparación — dijo la tranquila e impasible voz.

Norberto se adelantó con ímpetu, haciendo que se apartaran, o, mejor dicho, que le abrieran paso los que estaban delante de él, y una vez frente a frente del maestro, pálido, desencajado, gritó:

— ¡Oh, señor! ¡No le enviéis; no enviéis más a la muerte!

Juan Calvino le miró sorprendido, y con su calma habitual, le dijo:

— Sosiégate, joven, y habla tranquilamente. ¿Quién eres?

— Soy Norberto de Caulaincourt, y mi padre yace en un calabozo en Saboya. ¡Oh, señor; vos lo podéis todo! ¡Socorredle, por amor de Dios!

— Ya sé lo ocurrido, y lo siento en el alma, porque estimo mucho al Sr. de Caulaincourt.

Las acompasadas palabras de Calvino hicieron el efecto del hielo en el corazón de Norberto. Había pedido pan, y el autócrata de Ginebra le ofrecía una piedra;

y lleno de amargura permaneció inmóvil, contemplando aquel rostro inescrutable. Pero no tardó en ver algo en él, quizá el reflejo de una sombra, que le impulsó a arrojarle a los pies del gran hombre, gritando apasionadamente:

— ¡Oh, señor, tened piedad, tened compasión! Vuestra palabra es ley; podéis hacer lo que queráis. ¿No podréis salvarlo?

— ¿Estoy yo acaso en el lugar de Dios para matar y dar vida? Norberto de Caulaincourt, ¿por qué te arrodillas delante de mí? Nada puedo hacer en ese asunto.

Norberto se levantó. Era verdaderamente inútil postrarse ante aquel hombre, y, en su angustia, dijo desesperadamente lo que quizá no hubiera osado decir ningún hombre en Ginebra:

— ¿No estabais en el lugar de Dios para matar, cuando lo enviasteis para eso?

Calvino no respondió en el primer momento, y después, con gran calma y hasta con serenidad, repuso:

— Yo no lo he enviado. Él lo hizo por su propio deseo, para que por él y en él se cumpliera la voluntad de Dios. Y a esa voluntad hemos de someternos, Norberto de Caulaincourt, tú y yo, sin que podamos hacer otra cosa. Vete a tu casa y ora por tu padre y por ti mismo.

Sin una palabra más, Norberto se retiró presa de la más fría y aterradora desesperación. Maese Calvino no le socorrió ni le consolaba. ¿Qué significaban para aquel hombre grande el peligro de su padre y su propia aflicción? Simplemente lo que la pérdida de un soldado para su capitán... y quizá no tanto.

— ¿Qué podría hacer yo? — pensaba con tristeza el muchacho cuando iba hacia su casa, y él mismo se daba la única respuesta posible: «Nada». Ir a Saboya con la esperanza de ver a su padre, sería sencillamente una locura. Tenía forzosamente que continuar donde estaba y sufrir y destrozarse el corazón.

Los días de penosa angustia fueron pasando, cediendo en parte la intensidad del dolor sin esperanza; y una especie de letargo empezó a apoderarse de Norberto.

El capítulo X se titula «Un rayo de luz».

## Escuela Dominical

### Elías en el monte Carmelo.

2 de Octubre.

1.º Rey., 18.

TEXTO ÁUREO: *Escogeos hoy a quien sirváis.* — Jos., 24, 15.

A propuesta de Elías, se convocó al pueblo en el monte Carmelo, que se levanta a unos 500 metros sobre el nivel del mar, y cuya cima es visible desde casi todas partes del país. Allí acuden los 450 profetas de Baal y los 400 profetas de los bosques (o de la Venus fenicia, representada por troncos de árboles pintados),

con sus lujosas vestimentas sacerdotales.

Enfrente de aquella compañía de sacerdotes está solo el profeta de Jehová, con el rudo manto de piel sobre sus hombros y su larga cabellera al aire. «¿Hasta cuánto claudicaréis entre dos pensamientos?» — dice al pueblo; es necesaria una decisión: Dios o Baal. Dios no quiere un corazón dividido, un servicio incompleto. Dios reclama todo el corazón, toda el alma, toda la vida.

Los falsos profetas decían que Baal era el dios del sol y del fuego; la prueba propuesta por Elías debía parecerles muy justa; no podían negarse a ella.

Elías los conocía bien cuando les dijo: «No pongáis fuego debajo». Trampas de esta clase para engañar al pueblo sencillo eran muy frecuentes en el culto idolátrico, y no son enteramente desconocidos en una iglesia que se llama cristiana, y en la cual hay vírgenes que lloran, Cristos que sudan, sangre de santos que se liquida en un día señalado.

Invocaron a Baal con gritos, danzas y rajándose la piel con cuchillos, y no hubo respuesta. Elías se burló de ellos con la sátira más aguda de todas: la sátira de la verdad.

Elías espera hasta después del medio día; no necesita mucho tiempo para gritar a su Dios; llama al pueblo para que se acerque a él y examine todo lo que va a hacer; repara el sencillo altar de piedras sin labrar; cuando tiene arreglada la leña y los pedazos del buey sacrificado, manda echar encima 12 cántaros de agua, sacada de un manantial perenne que todavía existe en el Carmelo, uno de los muy pocos que no se habían secado; y cuando llega la hora del sacrificio vespertino, las tres de la tarde, hace la sencilla oración que trae el fuego del cielo. La oración recuerda al pueblo que Jehová es el Dios de sus padres, el Dios que ha guiado y bendecido por muchos siglos a su pueblo.

El fuego del cielo fué obra directa de Dios sobre las leyes naturales. Sería muy extraño que el Dios de los cielos no pudiera usar sus propias leyes para producir efectos morales y llamar a sus hijos extraviados.

«¡Jehová es el Dios!» — dice todo el pueblo. El Dios que acepta el sacrificio de un corazón contrito y humillado; el Dios que envía su fuego divino y purifica la conciencia manchada; el Dios que enciende en el alma el fuego del amor y del celo por todo lo que es justo y santo y bueno, es el Dios verdadero.

La matanza de los profetas de Baal no debe mirarse como una persecución religiosa; es una ejecución de criminales; es el remedio radical de un mal que causaba la ruina del pueblo.

Después de aquella victoria de la verdad, la lluvia vino como una prueba de la bondad y misericordia de Dios.

#### La Redacción de

### España Evangélica

está formada por Adolfo Araujo, Carlos Araujo García, Agustín Arenales, Fernando Cabrera, Alejandro Campo, Jorge Flíedner, Juan Flíedner, Claudio Gutiérrez Marín y Luis Villaoz.